

• El brasileño abogó por olvidarse de las "obligaciones" del escritor

Guadalajara • Antonio Ortuño y Mariño González

Su paso por el Festival Internacional de Cine en Guadalajara fue discreto hasta el pasado miércoles, cuando Rubem Fonseca arremetió, sonriente, contra todas las convenciones artísticas habidas y por haber en animada charla, ante un abarrotado auditorio compuesto en su mayoría por jóvenes.

Fonseca es premio Rulfo. Es el escritor vivo más importante de Brasil y uno de los indiscutibles en la literatura contemporánea. Es jurado de la sección de largometrajes mexicanos y por eso está en Guadalajara. Pero también es guionista y en ese papel, aparentemente modesto, se presentó como parte del ciclo de charlas con creadores que organizan el propio festival y el Centro de Arte Audio Visual (CAAV).

Otros consagrados hubieran preferido quedarse en la mesa destinada a albergarlos durante la charla, en

medio de un escenario a media luz con reminiscencias teatrales, pero Fonseca eligió la iluminación completa y la cercanía con la gente y se bajó antes de que pasara un minuto, ante el desconcierto de la moderadora, la escritora Silvia Eugenia Castillero.

Ya a ras de suelo, tomó un micrófono y comenzó a disparar: "Acaban de preguntarme, afuera, si la novela ha muerto. Ese es un cuento muy viejo y muy tonto. Lo inventó Jules Renard en el siglo XIX. Y después de esa muerte supuesta de la novela escribieron Proust, Joyce, Faulkner y Rubem Fonseca sus obras maestras". La sonrisa del escritor ante el descarado autoelogio fue amplia e irónica. "Decían que el cine iba a matar a la novela, pero en realidad la ha usado hasta el cansancio como inspiración. Luego las mismas Casandras macabras pronosticaron que la televisión mataría a la novela."

Descaro, valentía: esa es la receta del escritor. "Soy escritor profesional y si esperara la inspiración me moriría de hambre. No esperen la inspiración. Escriban motivados. Siéntense y escriban una obra maestra. Sean atrevidos. Tengan cojones. Y si son mujeres, ovarios".

"¿Cuál es esa motivación?", le preguntó uno de los asistentes. "Ser rico, desde luego", rió Fonseca. "En

serio. El escritor debe tener el coraje de decir aquello que no puede ser dicho, que nadie quiere oír. Y también el coraje de fracasar. Bueno, yo nunca he fracasado, pero ustedes fracasarán y hay que tener valor". Más sonrisas y aplausos, muchos aplausos.

Alguien le preguntó sobre las obligaciones de un guionista: "Aquí otros cineastas han dicho que el cine tiene la obligación de responder a la realidad, de ayudar a reflejar esa realidad..." Fonseca encogió sus delgados hombros. "Perdón a quien haya dicho eso, pero no estoy de acuerdo. Hay que romper con las obligaciones, romper con las convenciones. Las convenciones tienen que ser olvidadas. Usted, escritor, es como un dios. Usted decide qué hacer con sus personajes. Ya se preocuparán luego el director y el productor. El mal escritor se basa en la realidad, pero el bueno inventa su realidad".

Una estudiante preguntó, entonces, qué hacer cuando se terminan las ideas. "A mí nunca se me terminan las ideas", respondió Fonseca, sonriendo de nuevo. "El cine tiene el problema básico de que no permite que el espectador participe, imagine, como imagina al leer. La literatura permite imaginar, crear en la propia mente lo que le narran". ■